La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 22 de junio de 1908 — Núm. 1.382

Mlle. LUCIENNE BRÉVAL, en el segundo acto de la ópera «Carmen,» cuadro de Zuloaga

(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1908.) (Publicación autorizada.)

Texto – *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. – *Por las tierras poéticas. Mallorca. El valle del azahar*, por Miguel S. Oliver. – *París. La carrera del «Gran prix» en Longchamp.* – *Londres. Las sufragistas.* – *De Marruecos.* – *Degradación de Ullmo.* – *El puerto de Arrecife de Lanzarote.* – *Nuestros grabados artísticos.* – *Necrología* – *El heredero*, novela ilustrada (continuación). – *Lonares. Nuevo túnel subfluvial de Rotherhitle en el Támesis.* – *Vallvidrera (Barcelona). Mina-Grott.*

Grabados.— *Mlle. Lucienne Bréval en la ópera «Cármen,»* cuadro de Zuloaga. – *Mallorca. Vista general de Sóller.* – *Tipos sollerenses.* – *Vista de «S'Estret» ó del barranco.* – *Abandonada*, cuadro de Julio Lefebvre – *París. Vista del recinto del pesaje en el hipódromo de Longchamp.* – *El caballo Northeast, ganador del gran premio.* – *Londres. La doctora Miss Ana Schaw, de Filadelfia, arengando á las sufragistas.* – *Marruecos. Llegada de las mehallas á Fez.* – *Merienda*, cuadro de José Cusachs. – *Sin pan ni casa*, cuadro de Ana de Carrié – *Tolón. El alférez de navío Ullmo desfilando ante las tropas después de su degradación.* – *Arrecife de Lanzarote (Canarias). Bendición de la locomotora destinada á las obras del puerto.* – *El marqués de Mos y de la Vega de Armijo.* – *S. A. R. el príncipe de Gales en el acto de abrir la reja de entrada al túnel de Rotherhitle en el Támesis.* – *Vista de la entrada á dicho túnel.* – *Vallvidrera (Barcelona). Vistas fotográficas de la Mina-Grott.* – *Roma. Clausura de las fiestas deportivas celebradas en la quinta Umberto I.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay quien cree que estamos en una época en que el espíritu humano ha roto sus cadenas de superstición y miedo, y vuela libre y atrevido por las regiones de la superioridad intelectual. Hay quien cree que la humanidad de hoy es distinta de la de ayer, y hasta supone que la de mañana ha de andar muy por encima de la que actualmente vemos y conocemos, siendo seguro que nos está preparada una edad de oro venidera, en la cual no habrá tuyo ni mío, sino que cada uno será un manso borrego y un hermano ternísimo para cada otro, y ni nadie tomará lo ajeno, ni nadie rehusará lo propio, ni habrá sino dulzura, paz, cordialidad y buenos procederes, todo ello sin necesidad de coacción alguna, sin jueces, soldados, cárceles ni leyes, en una apoteosis sublime de nuestra especie regenerada.

***

Viniendo al progreso á que en primer término me he referido, ó sea el de la rotura de las cadenas de la superstición, diré que acaso queden todavía algunos eslaboncillos arrollados alrededor del cuerpo de nuestra sociedad; sí; estoy persuadida de que quedan varios eslabones. ¿A qué podrá esto atribuirse? Siendo tan ilustrada la inmensa mayoría de los mortales, como á cada instante demuestran los hechos, ¿no es para admirar eso de que mil supersticiones no sólo se mantengan y persistan, sino que se propaguen y cundan á manera de mancha de aceite?

Empecemos por una de las más arraigadas, la de los trece á la mesa y del día trece en el calendario. Esta preocupación debe de ser atávica, y su origen supongo que se relaciona con la idea de la sagrada Cena, donde entre los Apóstoles y el Señor eran trece bien contados. De aquella Cena no le vino ningún daño á la humanidad, y sin embargo, el número trece contrajo un sentido fatídico: sentarse trece juntos á una misma mesa, fué anuncio de próxima muerte para uno de los comensales—el más viejo.—He contado alguna vez el suceso de la comida que en Lhardy nos ofrecieron varios ilustres escritores al ahora fallecido D. Juan Fastenrath y á mí. Al llegar yo á la sala donde el festín había de celebrarse, encontré á D. Ramón de Campoamor acurrucado en una esquina, muy cariacontecido y gacho de orejas. «¿Qué le pasa á usted, D. Ramón?—¡Que somos trece!—Una desgracia cuando sólo hay comida para doce.—Búrlate, búrlate... ¡Como no tienes mis años!—En fin, ¿se come ó no? Porque son las nueve y no falta apetito...—Lo que es yo, afirmó ya resueltamente el poeta, no quiero jugar un billete á la lotería de la muerte. No me siento.» Y hubo que buscar un número catorce, el conocidísimo librero D. Fernando Fe, que se puso el frac á escape y se vino á resolver el conflicto pavoroso, y á salvar á los *hors d'œuvres*, manteca y rabanitos, sardinillas y gordales, que desaparecían á paso de carga. Y fué lo bueno que, hablando la prensa de aquella comida, me achacó á mí el miedo al número trece y la intervención del número catorce. Restablecí la verdad y referí la graciosa aprensión del gran poeta, y la primera vez que volví á verle, se encaró conmigo indignado. «¿Por qué contaste que yo tuve miedo?—Porque decían que era yo la miedosa.—¿Y qué te importaba? El miedo, en las mujeres, es un encanto más.—¿Es un encanto creer en boberías?..,» exclamé aturdidamente. Campoamor se rió, porque, á fuer de poeta, si no era mujer, era niño; y después me dijo muchas y muy bonitas cosas respecto á lo subjetivo y lo objetivo en materia de aprensiones. Siento no recordar sus frases una por una.

***

Lo que recuerdo bien es que, cuando pasé temporadas en París, en el pueblo de la Toma de la Bastilla, del culto á Voltaire y de Zola en el panteón, saliendo un día del *restaurant* donde á veces almorzaba, vi á un señor muy peripuesto, con roseta roja en el ojal, que tenía trazas de esperar, apoyado en una jamba de la puerta. No sé por qué, aquel individuo bien trajeado y condecorado se me figuró un mendicante, y á mis preguntas, el mozo del *restaurant* contestó: «Es el señor catorceno.» *(Monsieur le quatorzième.)* Entonces averigüé que lo que aquí se hace por condescendencia, es en París un oficio, y oficio que sostiene al que lo ejerce. El catorceno, apostado en el *restaurant*, aguarda á que le llamen, y le llaman muy á menudo. Es frecuente el caso de reunirse trece comensales, y seguro que nadie quiere sentarse siendo trece á la mesa. Sube el catorceno, de roseta roja, y se le da un puesto, y come lo mismo que un sabañón, y al retirarse recoge una moneda de plata. *Diversus modus vivendi*, dirá, y con razón, el catorceno.

***

Quizás he hablado ya en estas crónicas de la persistencia de tales atavismos, y creo que puedo decir de su recrudecimiento; y si vuelve á mi pluma el tema, es porque noto que en España, sobre las supersticiones locales y nacionales, van injertándose otras extranjeras; la superstición, actualmente, se traduce. Antes se decía «mal de ojo;» ahora se dice *jettatura* en todas partes. En la sociedad de Madrid existe una señora cuya presencia se comenta en silencio, extendiendo el índice y el meñique y doblando los otros dos, y frotando aprisa los extendidos sobre madera (precisamente sobre madera). Lleva esta señora en la cara cierto sello de tristeza que acaso se deba á que conoce su mala fama. Por qué «goza» de fama semejante, es lo que ignoro. Es una señora vulgar, idéntica á las demás señoras; ni fea ni guapa; ni elegante ni cursi; un cero á la izquierda. Y trae la *jettatura:* su vista es fatal. Tampoco sé en qué consiste tal fatalidad; qué síntomas la caracterizan. Ello es que, al presentarse dicha señora, las fiestas se aguan.

***

Más fuerza que cuantos razonamientos pueden hacerse, tiene, en el espíritu humano, un sentimiento y un instinto. Y si á este instinto se añade lo persuasivo de algunas «coincidencias...,» entonces conviene decir que la superstición se arraiga hondísimamente en aquella parte de nosotros mismos que resiste, y resistirá mientras haya hombres y estos hombres no sean puras máquinas lógicas, á los dictados de la seca razón.

No recuerdo dónde he leído un cantar americano, incorrectísimo en su forma, que reza así:

Tocoloco canta,
indio muere;
no será cierto,
pero sucede.

Estas cosas que «no son ciertas, pero suceden,» confunden el entendimiento y vuelven á colocarnos frente al Misterio, á ese Misterio infinitamente más poderoso que nosotros; de lo Incognoscible, que nos envuelve y penetra como la niebla al cuerpo.

***

¿Preguntaríais á la razón por qué un tuerto es cosa muy infausta y un jorobado señal de grandes bienes y dichosos acaecimientos? ¿Por qué, si al ver pasar un caballo blanco con manchas negras (preciso es confesar que no abunda este pelaje), repetís tres veces *dinero, dinero, dinero,* el dinero acudirá dócilmente? ¿Por qué, si regaláis un arma, tenéis que recibir una moneda de cobre, para que sea *vendida* y no *dada,* lo cual significaría *muerte?* ¿Por qué, si al saludar á una persona estrechándole la mano, vienen otras dos y hacen lo mismo por encima de vuestras manos, cruzándose los saludos, es anuncio de que sobrevendrá la ruptura de las amistades? ¿Por qué salir de casa con el pie derecho da buena sombra? ¿Por qué la dan igualmente el trébol de cuatro hojas, el cochinillo, los cuernos de coral, el ahorcado? ¿Por qué la raíz de mandrágora es un talismán? ¿Por qué lo es igualmente cierta piedra azul, que se ha vuelto verdosa al macerarla en hiel? Etcétera, etcétera. Se podrían enfilar *porqués* hasta mañana—sin respuesta.

***

¡La mandrágora! Su solo nombre, ¿no os trae á la imaginación brujerías orientales, conjuros de maga, horrendas escenas de maleficio y una sensación de vago recelo ante las fuerzas obscuras y ocultas de la naturaleza, nuestra madre y burladora?

De todos los talismanes que por ahí están más ó menos de moda, la mandrágora es el único que me parece en efecto talismán (séalo ó no por sus efectos; eso ya es otra cuestión, acerca de la cual yo podría extenderme en consideraciones de orden personal, y por lo mismo, sin valor alguno). Ello es que la mandrágora, aun cuando la he incluído entre los talismanes de moda, no lo es. La moda no lo conoce. Sólo he visto á una persona poseedora de una mandrágora (aparte de las que existen en los Gabinetes de historia natural de algunos conventos, de órdenes que tienen casas y misiones en los países de Oriente, donde la mandrágora se cría). En los jardines botánicos, la mandrágora debe de existir también; pero la mandrágora con hoja; y el verdadero talismán, señores, no olvidarlo, es la mandrágora en raíz, cuando reviste la forma de un cuerpo humano pequeñito, de un *homúnculo* color de madera, que de noche se queja, llora y exhala gemidos del otro mundo...

Ese es el caso, ¡oh espíritus enamorados de lo quimérico! La raíz de mandrágora bien formada es una persona: está viva: su vida no es la grosera vida de la fisiología vulgar, sino otra mucho más sutil, escondida y rara, suficiente para que no se pueda herir á la mandrágora sin que sufra, para que arrancarla una pierna, digámoslo así, sea una mutilación, y contemplarla sin los paños que la cubren una especie de impudor, y desabrigarla de esos paños matarla de frío, y dejarla sola un abandono. En cambio de tantas precauciones y cuidados como requiere, la mandrágora ejerce una acción protectora sobre su poseedor, que me río yo de los demás amuletos, fetiches y *gri-gris.* Si vais en automóvil y os lleváis la mandrágora bien protegida en su caja, ni se romperá un neumático, ni *derapará* el artilugio, ni os sucederá, en resumen, nada malo; si vais en tren, no descarrilará; si echáis á la lotería, os tocará; si estáis enamorado, la mandrágora impedirá que os traicionen... Entre el puñal ó el revólver que os aceche y vuestro pecho, estará la mandrágora interpuesta para desviar el arma homicida; la mandrágora os ganará el pleito, la mandrágora os abrirá la puerta, la mandrágora os encontrará el objeto perdido, la mandrágora os reconciliará con el enemigo poderoso, os restituirá la suma ya olvidada, os cerrará el cajón que es peligroso dejar abierto, os restañará la sangre, os dirigirá el pie... ¡Qué no hará la mandrágora! Como que en ella está depositada toda la infusa ciencia del rey Salomón, todos los secretos del Oriente cabalístico, todas las fuerzas ignotas y benéficas que circulan alrededor nuestro y que no sabemos aprovechar ni dirigir para contrastar otras fuerzas dañinas que nos traen la mala pata...

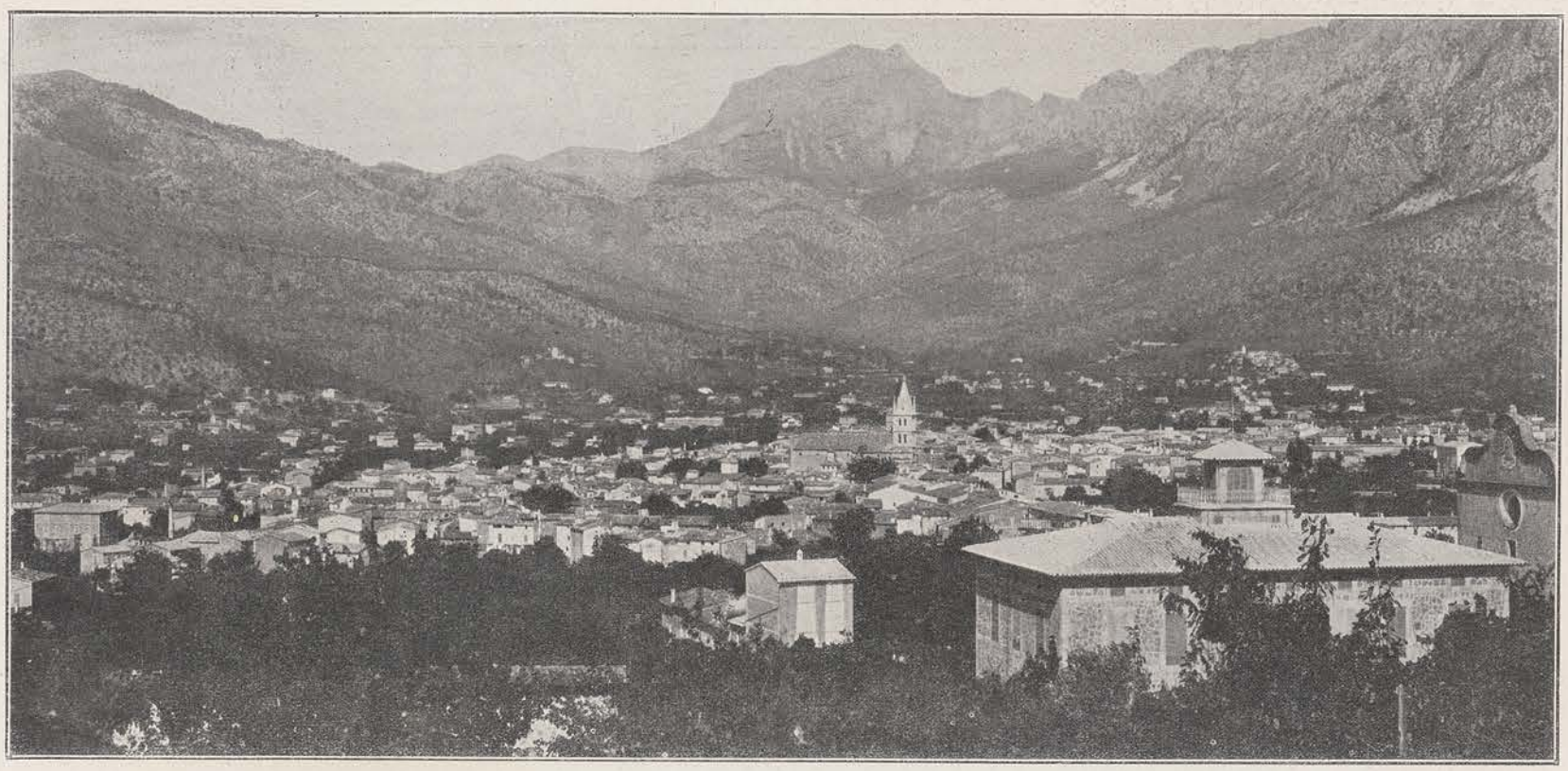
***

Sí: ya que la superstición continúa infiltrada en las venas de este siglo tan despreocupado y escéptico, al menos que sea una superstición de abolengo: no creáis en el cerdito, ni en las trece uvas, ni en el caballo pío; creed en la mandrágora, reina de los talismanes.

Id á arrancarla en una noche de luna, á las doce en punto, en desierto páramo. Que á vuestro alrededor zumbe tristemente el aire, se estremezcan las hojas del bosque que acabáis de cruzar, y los duendes os oigan, deseosos de impedir la profanación. Tirad fuertemente de las hojas: la raíz se quejará, y acaso sus extremidades destilen ese jugo negruzco que sirve de sangre á la pobre mandrágora, temblorosa de frío y de dolor sobre la tierra. Llevad prevenido el pequeño sudario de lino fino, guarnecido de encaje, para envolver á ese recién nacido, que es un muerto. Y cuando cobijéis á la mandrágora sobre vuestro corazón miedoso, sentiréis que se dilata de valor y de alegría... El talismán ejerce su poder.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

POR LAS TIERRAS POÉTICAS.—MALLORCA. (Fotografías de J. Truyol.)



Mallorca.—Vista general de Sóller

II

EL VALLE DEL AZAHAR

¡Sóller! En este nombre perdura la vaga resonancia etimológica de un suspiro oriental. *Suliar,* «valle de oro,» le llamaron los árabes de la isla. ¿Y quién olvidará una excursión á Sóller, hecha en tiempo propicio, allá á últimos de Abril? Rueda el coche apresuradamente por la carretera despejada, entre huertas y campos de trigo, sombreados por el almendro; entre olivares casi milenarios. A los diez ó doce kilómetros, un pequeño alto: es la hostería de *Can Penasso,* en el arranque de la sierra de Alfabia. Un pequeño anticipo de vergeles perfumados, de frutales en flor, de ruiseñores que parecen estallar de melodía en la sombra húmeda de las hiedras y laureles, sobre acequias y aguas despeñadas.

Después de un ligero descanso, continúa el viaje. Hay que atacar la sierra por el *Coll* ascendiendo en ziszás de veinticinco ó treinta vueltas, amplias y desiguales, de una carretera magnífica, para descender luego hasta lo más hondo del valle que las grandes masas de los montes nos ocultan. Mientras el coche sube lentamente, nos acercamos á los colosales peñascos, de azul de plomo, con penachos de verde intenso, con manchones rojizos. La llanura parece que se hunde poco á poco, á nuestros pies, desde Alfabia á la ciudad con su bahía, en un segmento grandioso de muchas leguas. Es una sucesión continua de tonos, de vegetaciones, de arboledas, de velos de oro, de nieblas luminosas, de lejanías encendidas.

Advertimos un grato descenso de la temperatura. La carretera corre ya por la meseta del Coll; al otro lado aparece un extremo del valle de Sóller.

Entonces de una manera súbita, ascendiendo de las entrañas de ese valle, una onda de violento perfume, una poderosísima ráfaga de azahar, nos toma, nos envuelve, nos hace suyos y nos anega en un espasmo lírico inefable. Desde aquel instante el embriagador perfume os tendrá prisioneros hasta que salgáis de la agradable villa. En vano será que cerréis puertas y ventanas, que corráis los cerrojos, que tapéis las rendijas. Os perseguirá en la calle, en el campo, en la iglesia, en el dormitorio; filtrará por los tabiques. Y por la acción inefablemente sugestiva de los aromas, os sentiréis transportados á un ambiente de ilusión y de juventud acaso desde largo tiempo desconocidas para vosotros.

Si queréis saber de dónde procede aquel encanto de vuestros sentidos, es preciso recorrer las calles, asomarse á las márgenes del torrente que atraviesa la población, mirar hacia lo hondo de los jardines ó escudriñar los patios de las casas sólidas, pulcras y

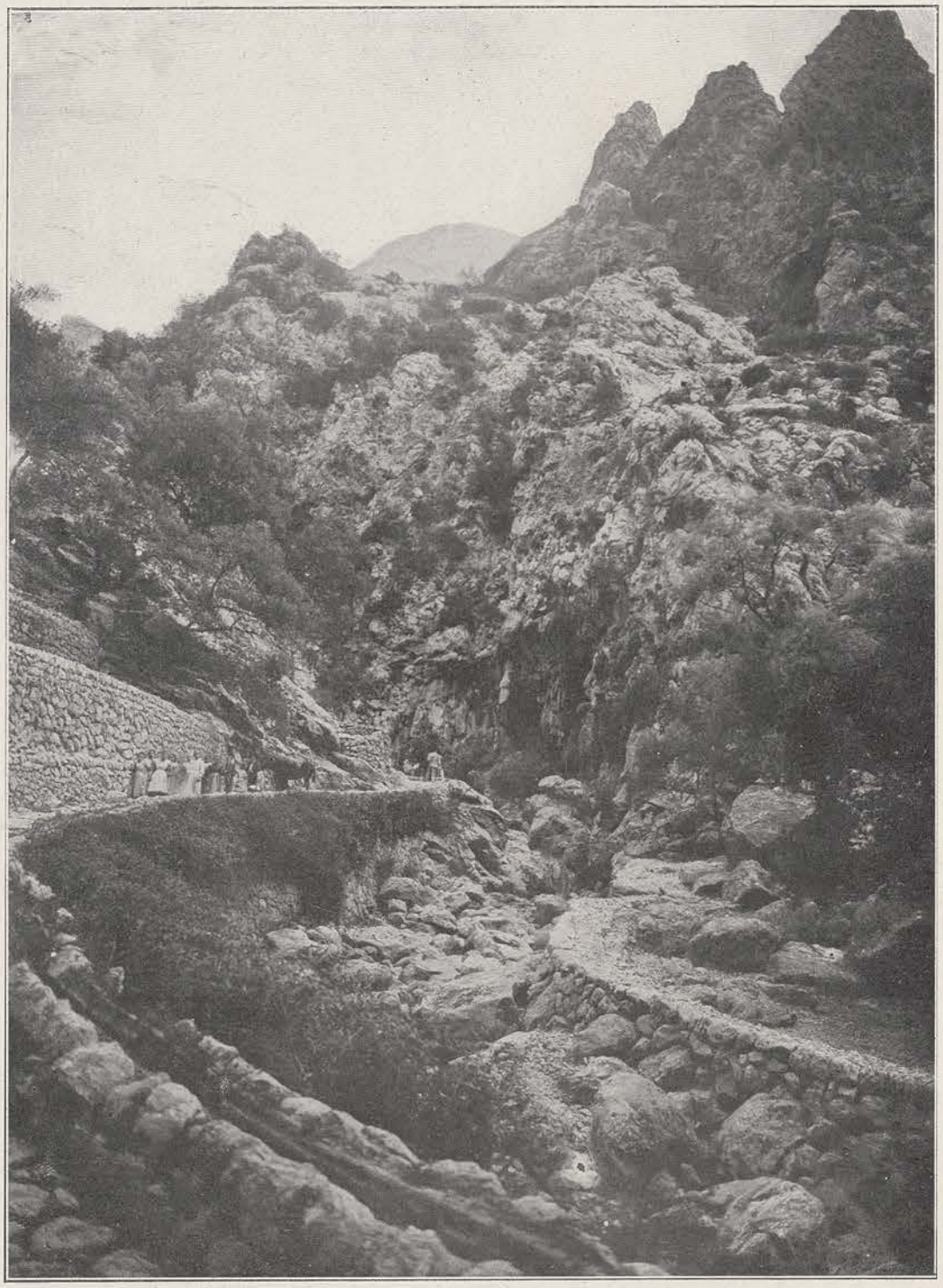
Mallorca.—Tipos sollerenses

frescas, denotando bienestar y contento de la vida. Hay que intrincarse en la red de senderos, de arroyos, de barrancas, de alquerías, de molinos, de acequias, de huertos, de vergeles, de tapias, que hacen de aquel valle una cosa única y en apariencia artificial y compuesta. Como horizonte de cada calle, como perspectiva de cada camino, enfrente de toda ventana ó abertura, aparece siempre la decoración de montaña, el anfiteatro de montañas, coronadas de nubes y brumas, en cuyo fondo sonríe la villa. Las laderas están cubiertas de olivos. En la hondonada domina y florece el naranjo.

Oro, nieve y esmeralda se combinan en la preciosa arboleda: flores, frutos y hojas que desprenden de sí una insólita fragancia y una coloración intensa y rica. Los rosales, los jazmines, las vides trepadoras alternan á veces con el lujo y bizarría de los naranjales, defendidos de sus enfermedades y plagas por la tenacidad de los sollerenses, que los conservan con un esmero que tiene mucho más de encanto y honrilla que de sordidez económica. ¡Los sollerenses! Raza original y vigorosa que ha hecho de la emigración el secreto de su prosperidad por haber sabido encauzarla, dándole base y orientación firme, y por haber conseguido sostenerla con *esprit de suite*. Esa emigración habitual toma dos direcciones: una mediterránea y otra atlántica. La mediterránea invade el Mediodía de Francia por Marsella ó Nimes y llega hasta Burdeos, Lyón y París. No puede reducirse á cuento el número de familias sollerenses establecidas en esas y otras muchas poblaciones de la vecina república, dedicadas principalmente al comercio de frutas en todas sus formas, desde la carretilla ambulante hasta la tienda lujosa, chorreando oro y luz, en pleno *boulevard*. La base y muchas veces el pretexto de tales fruterías es la naranja del valle natal y su prestigio entre histórico y poético. Hace años que, en *Lis Isclo d'Or*, les comunicó su gracia de homérida el insigne Mistral:

Lou bastimen ven de Majorco
emé d'oranges un cargamén...

No sé qué hay de provenzalesco en el espíritu y la vida de Sóller, acentuado por la especial pronunciación del mallorquín, que tiende allí, de una manera insensible, á la desinencia en *o* de los femeninos, y por las importaciones del pintoresco patués de los puertos mediterráneos de Francia: cierta alegría, cierta intrepidez, cierta bizarría de ánimo, cierta agilidad de imaginación, siempre pronta á la réplica y á la imagen. Los sollerenses conocen también, muy mucho, la derrota de las Antillas y empiezan á conocer la de México. En la isla de Puerto Rico han mantenido y mantienen todavía una notoria preponderancia. Durante mucho tiempo poblaciones y comarcas, como Lares, estuvieron en poder de nuestros emigrantes, y hubo períodos en que el Ayuntamiento y la Diputación estaban formados principalmente por mallorquines de Sóller. Esto basta para indicar el arraigo de aquel núcleo inmigratorio, al cual es ya comparable el que se forma en algunas poblaciones de México, como Tabasco. Tiene buen cuidado el sollerense de no emigrar á la buena de Dios, sin rumbo fijo. El que sale de la isla sabe adónde va: cuenta de antemano con parientes que le precedieron y que en América ó en Francia le reciben y guían. Dirígese á menudo á reemplazarlos; y, de esta suerte, se escalonan familias y generaciones, que muy raramente se desarraigan del valle natal. Todos sus ahorros, todas las fortunas amasadas allá lejos, se acumulan en la simpática villa de origen, nutriendo bancos, empresas é iniciativas importantes y muy desproporcionadas á la corta extensión de la comarca. Así han logrado establecer una línea marítima de vapor con Barcelona y Cette, y están ahora construyendo á toda prisa, sin subvención ni ayuda alguna del Estado, un ferrocarril entre Palma y Sóller, atravesando toda la sierra de Alfabia por medio de túneles, cuyo coste y longitud hubieran descorazonado á otros menos emprendedores y patriotas.



Sóller (Mallorca).—Vista de «S'Estret» ó del barranco

Todo ese exotismo y aire de extranjería que penetra en el «valle del azahar» con el retorno de los emigrantes y con la renovación ó continuo relevo de sus avanzadas en el Mediodía de Francia y en el Nuevo Mundo, no ha conseguido borrar lo pintoresco y lleno de carácter de aquella hondonada. Unas mecedoras de mimbre más ó menos, unas cuantas niñeras mulatitas ó unos quepis de «liceístas» franceses en vacaciones, no hacen sino añadir una nota de gárrula animación y abigarramiento á su antiguo y muy intenso color local. El traje campesino de las mujeres de la villa, alterna con el sombrero mustio de sus primas de Marsella ó de Tolosa que se encuentran allí de temporada. Todavía se acuerda Sóller de haber sido la patria de los más famosos *glosadors*, ó versificadores populares y casi siempre analfabetos, que perdura en Mallorca como último resabio y degeneración del aedo antiguo ó de la juglaría medieval. Los nombres de *Tambó* y *Pau Cerol*, dos grandes amigos y contendientes en las «glosadas» de *picat* (ó dígase tenzones y pugilatos satíricos en los cuales todo se fía al ingenio repentista de la improvisación, alimentada por el jarro de vino) son nombres familiares al buen sollerense, para quien el gracejo es una imposición ó gravamen de estirpe. Cuando estaban en moda los andaluces, se llamó á los sollerenses los «andaluces de Mallorca.» Sin embargo, no es la hipérbole ni la fanfarronada el género de gracia en que descuellan, teniendo la suya mucho más de cáustico y de punzante que de locuaz y jacarandoso. Yendo de expedición con unos amigos oí la siguiente réplica de cierto lugareño, que nos sirvió de guía, á uno de mis compañeros que intentó ensayar sus malicias de señorito de la ciudad en la aparente candidez de nuestro acompañante:

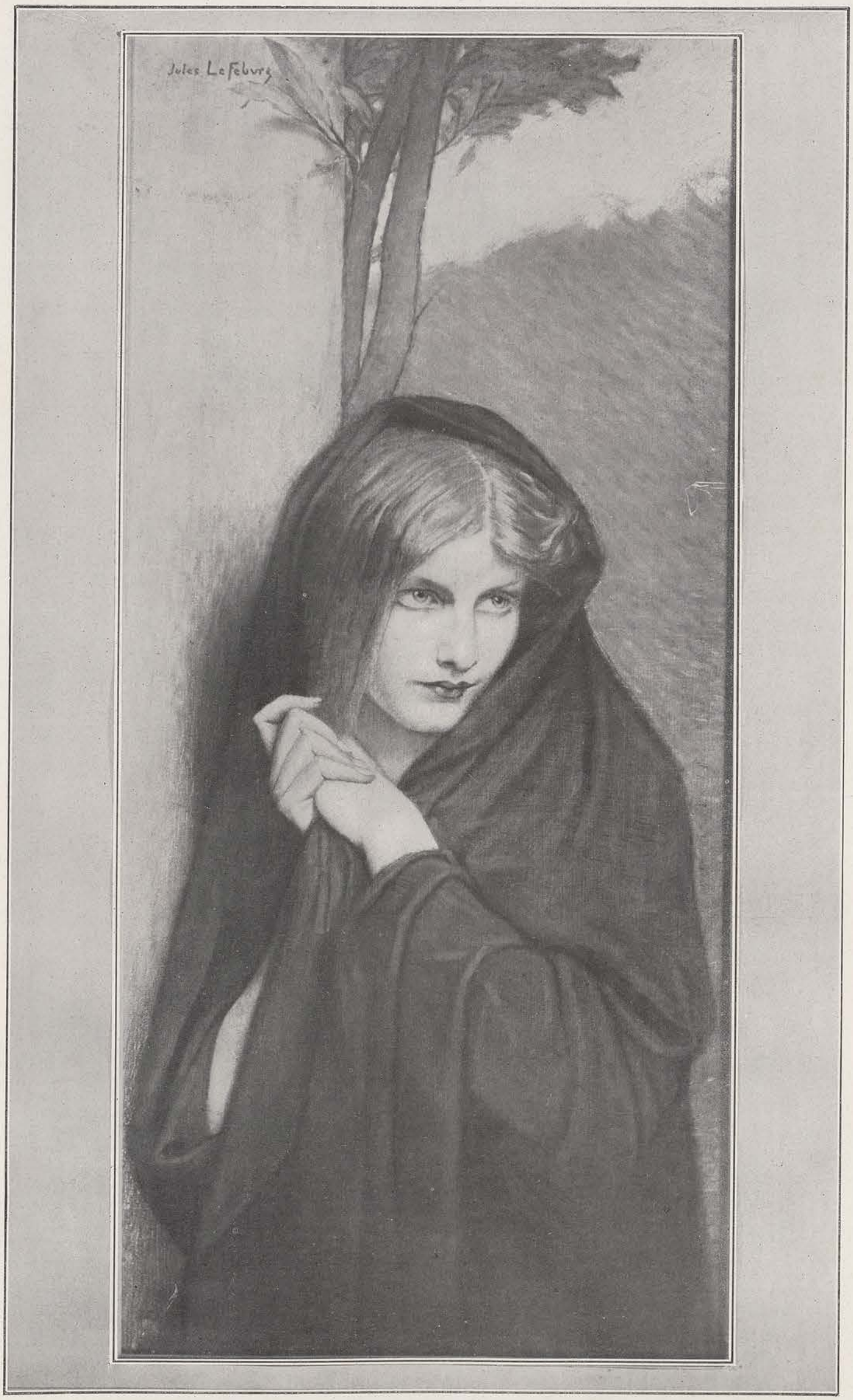
—¡Ah, sí! Ya caigo: usted es el señor que traen para hacer reir...

En ninguna comarca de la isla se ha comprendido como en Sóller el alcance del turismo, de la «industria del forastero.» Los excursionistas se encuentran allí como en su casa, y ni siquiera producen expectación, ni curiosidad enojosa, ni corrillos de muchachos, los trajes más chillones del automovilismo, del deportista y del *globe trotter*. Todo ello ha entrado en las costumbres y se ha hecho habitual y cotidiano. La ascensión al Puigmajor (la más alta montaña de la isla) y la excursión á Lluch por el famoso *barranco* constituyen dos números obligados en el programa del viajero. Mas, aparte de tales atractivos, tiene la villa, por sí misma, un encanto silencioso que llega á penetrar el alma:

Pel cor qu'amor somnía
l'hora d'avuy s'escola,
la de demá s'atança
y la d'ahí no torna...
somniem sota 'l fullatje
dels taronjers de Sóller.

Así logró expresarlo Pons y Gallarza en un momento de feliz efusión lírica, y el mismo hechizo perdura en la memoria del peregrino, como perdura en sus ropas la transpiración del azahar que lo envolvió durante unas horas ó unos días. Nueva sorpresa le está reservada si abandona el valle tomando la carretera de Deyá y Valldemossa. Asciende y asciende las anchas curvas y, en un momento, después de una brusca revuelta del camino, aparece á mano derecha la esplendidez de un mar azul, de una inmensa turquesa líquida, con una perspectiva interminable de calas, promontorios y cabos que avanzan unos sobre otros así como proas de acorazados fantásticos, en términos distintos, con interposiciones de nieblas y velos sutiles, con gradaciones de tonos admirables, suntuarios, de aristocrática preciosidad: ágata, ópalo, ónice, madreperla. Deyá aparece, como verdadero tipo de lo que antes se llamó un pueblo pintoresco. De un género pintoresco llevado á la exageración: correr de aguas, puentecillos rústicos, casas sobre una peña, fuentes ocultas, hiedras abrazadas á los bancales, decoración de ópera sentimental á lo *Dinorah* ó *Sonámbula*, con esquilas de corderillos y vegetaciones frescas y retocadas para las necesidades de la *villeggiatura*; y todo ello flamante, vivo, lozanísimo, como telas en días de barnizado. El acicalamiento llega á parecer inverosímil, y entonces no puede dejar de asaltarnos la duda de si toda aquella prolijidad de episodios es obra espontánea ó arreglo y preparación de la compañía Coock.

MIGUEL S. OLIVER.



ABANDONADA, cuadro de Julio Lefebvre

(Reproducción autorizada.)

París.—Vista del recinto del pesaje en el hipódromo de Longchamp

PARÍS

LA CARRERA DEL «GRAN PRIX» EN LONGCHAMP

La carrera del *Gran prix* se verificó el día 14 en el hipódromo de Longchamp, con animación extraordinaria, á pesar de lo lluvioso del tiempo. El interés despertado por la carrera era mucho mayor este año, con motivo de haberse aumentado los premios de 200.000 á 300.000 francos.

Poco antes de comenzar la carrera, se presentó en el hipódromo M. Fallières, acompañado de su esposa, en un coche á la Daumont, ocupando la tribuna presidencial, junto con los presidentes del Senado y de la Cámara, los miembros del gobierno y muchos individuos del cuerpo diplomático. En dicha tribuna tomaron sitio además la princesa de Radolin, la marquesa del Muni, Mme. de Nelidow, lady F. Bertie, las cuales, así como Mme. Fallières, lucían elegantísimos vestidos. Entre los trajes lujosísimos que vestía el elemento femenino predominaba el estilo Directorio.

Diez y ocho caballos tomaron parte en la carrera: *Valda, Faunillane, Amande, Sauge Pourprée, Médéah, Grill Rom, Jean de Nivelle, Holbein, Weber II, Northeast, Sea Sick, Quintette, Signorinetta, Sir Archibald, Mountain Apple, Lieutel, Souvigny, Sinaí.* El triunfo correspondió al caballo *Northeast,* del millonario Vanderbilt, que montaba el jockey J. Childs. *Sauge Pourprée* fué el segundo en llegar á la meta, y el tercero *Souvigny.*

El triunfo del millonario norteamericano fué acogido con demostraciones de simpatía.

El importe de las apuestas cruzadas ascendió á 2.500.000 francos.

LONDRES. — LAS SUFRAGISTAS

Cerca de diez mil mujeres, entre las que figuraban representantes de sociedades políticas y profesiones femeniles y estudiantes de las Universidades inglesas y gran número de allegadas de casi todas las naciones, celebraron el día 13 de los corrientes, en Londres, una imponente manifestación en favor del derecho de sufragio femenino. Las manifestantes enarbolaban estandartes con inscripciones alusivas. A la cabeza de la comitiva figuraba lady Balfour, hermana del duque de Argyll, que es hermano político del rey Eduardo. También figuraban algunas bandas de música. En Albert Hall y en Trafalgar Square hubo sus correspondientes discursos en pro del sufragio femenino, y la multitud no escaseó las ovaciones á las sufragistas. Notábase también en la manifestación la presencia de conocidas doctoras. El grabado representa el momento en que la doctora Miss Ana Schaw, de Filadelfia, pronuncia un discurso en Trafalgar Square. La sufragista que está detrás de la oradora es la condesa Mackienwicz, secretaria.

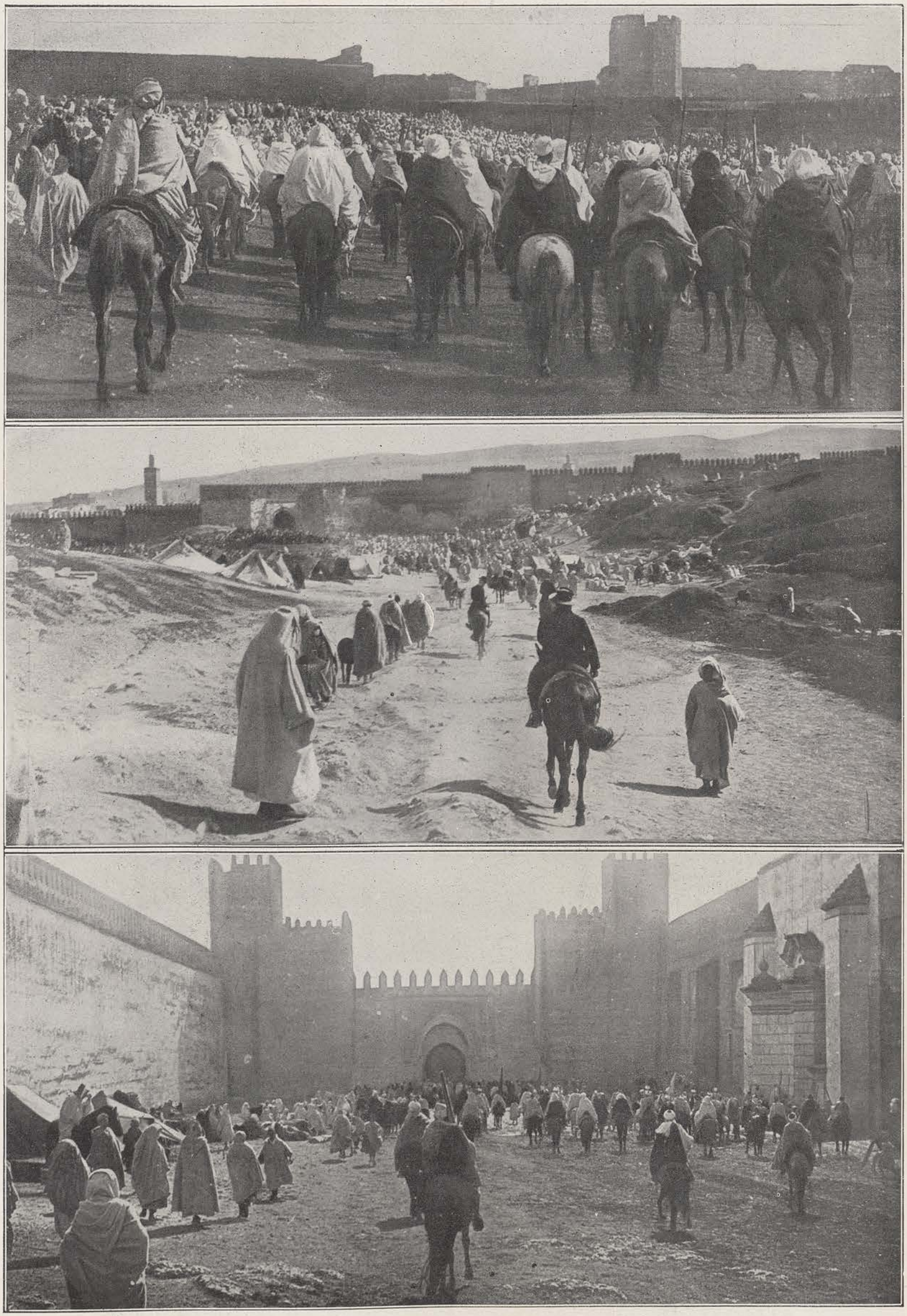
El caballo «Northeast,» ganador del gran premio
(De fotografías de M. Branger.)

DE MARRUECOS

Después de la pacificación definitiva de la región de los Chauías por el general D'Amade, la nota más saliente ha sido la entrada de Muley Hafid en Fez, el día 7, á las once de la mañana. Sesenta hombres, al frente de los cuales marchaban los caides, escoltaban al pretendiente, quien, antes de entrar en el Dar-el-Majzen (residencia imperial), fué á orar un rato á la mezquita. El primer acto de Muley Hafid, después de la ceremonia de la coronación, ha sido el nombramiento de gobernador de los Reales Palacios á favor de Abd el-Sada, significado partidario de Abd-el-Aziz. Varias mehallas se han declarado por los hafidistas, quienes han ocupado, sin mucha resistencia, algunas ciudades. Muley Hafid, á quien han proclamado últimamente las tribus de Anghera y Arzila, y, por iniciativa de Er Raisuli, la región de Fharbia, ha escrito una carta á las legaciones pidiendo que regresen á Fez los europeos y cónsules.

Londres.—La doctora Miss Ana Schaw, de Filadelfia, en el momento de arengar á las sufragistas reunidas en Trafalgar Square el día 13 de los corrientes. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

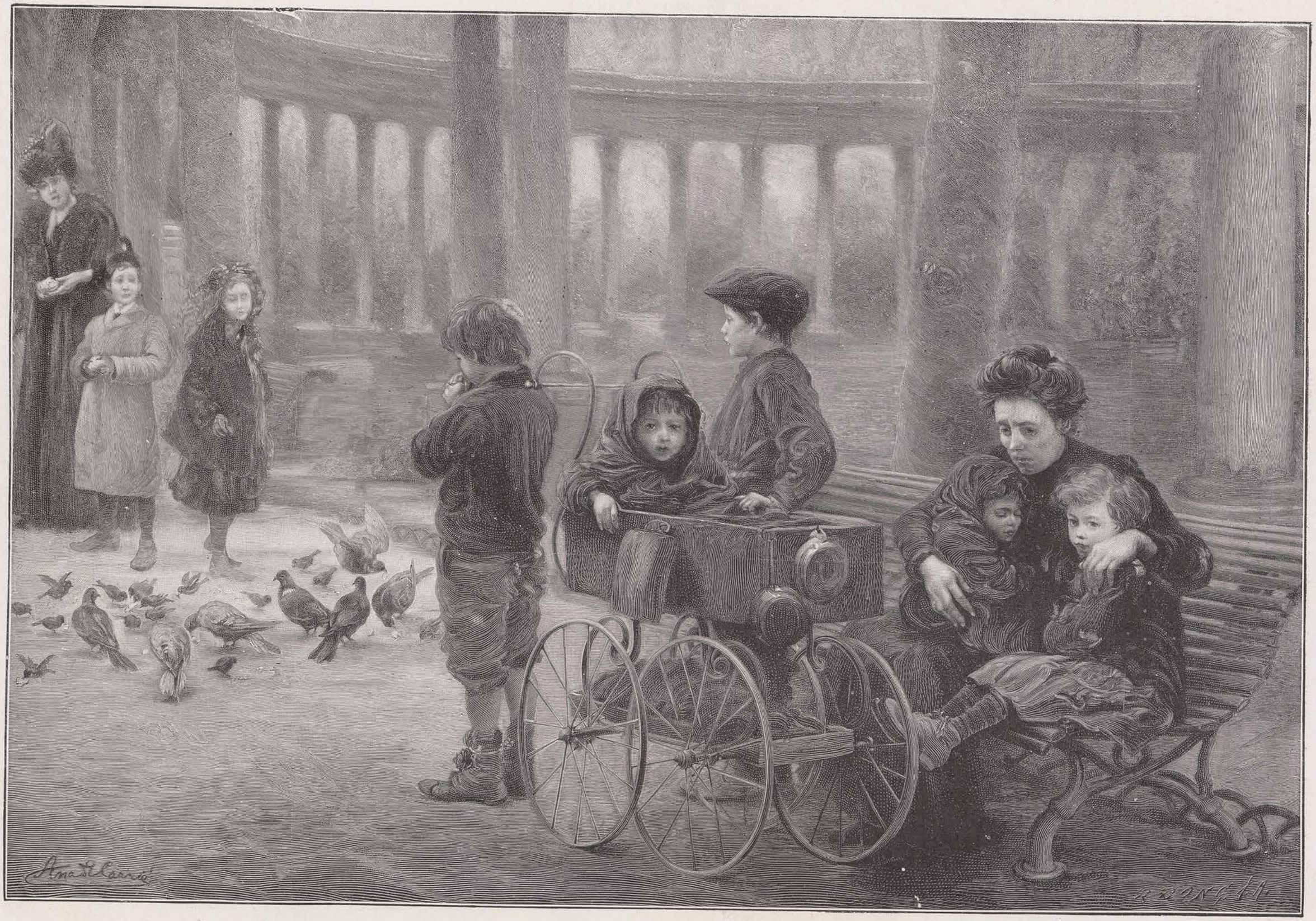
MARRUECOS.—LLEGADA DE LAS MEHALLAS A FEZ



1, Muralla y torre de la puerta de Bab-es-Segma; 2, Puerta de Bab-el-Mahruk; 3, Puerta de entrada al Dar-el-majzen

(De fotografías de M. Rol y C.ª)

MERIENDA. cuadro de José Cusachs



SIN PAN NI CASA, cuadro de Ana de Carrié

DEGRADACIÓN DE ULLMO

La sentencia del Consejo de guerra celebrado en Tolón en febrero último, condenando al alférez de navío francés Ullmo á las penas de degradación y deportación perpetua en una fortaleza, se cumplió, en cuanto á la primera, el día 12 de los corrientes, ante una multitud enorme situada en la plaza de San Roque y que se estrujaba junto á los muros de la cárcel marítima. Al aparecer Ullmo oyéronse silbidos y rumores: el condenado estaba abatido y con la mirada fija. El escribano del Consejo de guerra marítimo leyó al reo la sentencia, y á pesar de que éste permaneció impasible durante la lectura, experimentó una violenta sacudida cuando el comandante Dutheil de La Rochère adelantóse hacia él y pronunció, mirándole cara á cara, las frases reglamentarias: «En nombre del pueblo francés, vos, Carlos Benjamin Ullmo, sois indigno de llevar las armas, y en nombre de la ley os degradamos.» Acto seguido, un cabo se acercó á él, le quitó la gorra de uniforme y le arrancó bruscamente los galones; después hizo lo propio con los botones y los galones de la levita, que arrojó al suelo; despojóle de las charreteras, y desabrochándole el cinturón desenvainó la espada que de él pendía y rompióla contra su rodilla. Mientras se procedía á su degradación, Ullmo lloraba mucho, impresionando especialmente á los reclutas. Después de arrojarle á los pies, rota, su espada, desfiló ante sus compañeros, siendo conducido á la cárcel civil, vestido de paisano, entre las manifestaciones hostiles de la muchedumbre.

Dentro de breves días, el ex alférez Ullmo será conducido á la isla del Diablo, lugar de deportación que se le ha señalado para hacer efectiva la segunda parte de la sentencia dictada por el Consejo de guerra.

Como nos ocupamos ya extensamente este mismo año, en el número 1 366 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, del ruidoso proceso en que ha sido protagonista el alférez Ullmo, no hemos de añadir una palabra más á lo que allí dijimos, esperando únicamente que el castigo será eficaz en uno de sus aspectos principalísimos, ó sea en el de evitar que se reproduzcan *chantages* tan antipatrióticos como el de referencia.

Tolón.—El alférez de navío Ullmo desfilando ante las tropas después de su degradación
(De fotografía de M. Branger.)

EL PUERTO DE ARRECIFE DE LANZAROTE

(CANARIAS.)

La sociedad constructora del puerto de Arrecife de Lanzarote, con el deseo de imprimir mayor actividad á las obras del mismo, ha adquirido una locomotora, la cual fué bendecida solemnemente en los primeros días del presente junio. Asistieron á la ceremonia de la bendición todas las autoridades, y de este acto, así como de la locomotora, da idea el adjunto grabado, copia de una fotografía que ha tenido la amabilidad de enviarnos el Sr. D. Emilio Cabrera, miembro de la aludida junta constructora.

Arrecife de Lanzarote (Canarias)
Bendición de la locomotora destinada á las obras del puerto

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

Mlle. Lucienne Breval en el segundo acto de la ópera «Carmen,» cuadro de Ignacio Zuloaga. – La factura de este bello retrato es, como la de otros cuadros que de este eximio pintor hemos reproducido, vigorosa y elegante, y no es extraño que desde el primer momento llame la atención de los inteligentes que acuden al Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, en donde está expuesto. Como recientemente, en el n.º 1.378 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nos ocupamos ya con la extensión debida de este retrato y de sus compañeros de gloria, *El enano Gregorio el Botero* y *Las brujas de San Millán*, allí remitimos á nuestros lectores, reiterando al ilustre artista español el homenaje de nuestra admiración legítima y sincera.

Abandonada, cuadro de Julio Lefebvre. – Ni el asunto ni el modo de tratarlo son nuevos; pero el artista francés ha sabido imprimir á su protagonista una expresión tal de sentimiento y de resignación, al mismo tiempo, por su desgracia, que no puede uno menos de sentirse hondamente conmovido ante su cuadro, muy justamente admirado por los inteligentes en el Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, donde se exhibe.

Merienda, cuadro de José Cusachs. – Otra ocasión nos ofrece el pintor Sr. Cusachs para que dediquemos algunos renglones aplaudiendo su competencia en la representación de una escena de *sport*, cual lo es el bonito lienzo que reproducimos en estas páginas, adquirido por un inteligente aficionado de esta ciudad. Si el autor del cuadro no hubiese demostrado tan cumplidamente sus especiales condiciones para el cultivo de este género de pintura, preciso sería emitir apreciaciones; mas como son sus obras ventajosamente conocidas y el artista goza de la merecida consideración, hemos de referirnos á cuanto hemos consignado repetidas veces en esta Revista.

Sin pan ni casa, cuadro de Ana de Carrié. – ¡Cuántas veces hemos sido espectadores de escenas semejantes! Dios, que envía á las avecillas su alimento, ¡cuántas veces parece dejar sin él, y aun sin hogar, á seres para Él más queridos que aquéllas y con los cuales no sólo quiso compartir el pan, sino también las lágrimas y los sinsabores de esta vida! Afortunadamente, en sus inexcrutables designios, llega hora en que la resignación halla su recompensa, y esa madre y esos niños que están contemplando con envidia cómo la gallina y sus polluelos devoran ávidos las migajas que les han arrojado, tendrán á la vez quien les envidie cuando, sonando para ellos la voz: «¡Dejad que vengan á mí los niños!,» encuentren una alma caritativa que les provea del alimento y del asilo de que están necesitados. Ana de Carrié, así en la composición como en la ejecución del cuadro que acabamos de describir, demuestra ser artista que á un sentimiento y delicadeza exquisitos reune cualidades pictóricas envidiables.

Necrología. — Han fallecido:

Lord Derby, presidente de la actual Exposición Franco-Británica en Londres.

Mr. Gaston Boissier, secretario perpetuo de la Academia francesa.

Jef Lambeaux, célebre escultor belga.

El marqués de Mos y de la Vega de Armijo,
† en Madrid el día 13 del actual

El día 13 de los corrientes, á los ochenta y cuatro años de edad, ha fallecido en la corte el Excmo. Sr. D. Antonio Aguilar y Correa, marqués de Mos y de la Vega de Armijo, conde de la Bobadilla y vizconde de Pegullal, grande de España, que había nacido en Madrid el día 30 de junio de 1824. Muy joven, á los treinta, se dió ya á conocer como político, militando al lado del general O'Donnell en el partido llamado Unión liberal. Como gobernador civil de Madrid, primer puesto oficial que desempeñó, realizó una enérgica campaña contra el juego y creó el cuerpo especial de higiene. Dejó este cargo para desempeñar la cartera de Fomento y después la de Gobernación. Cuando la Unión liberal fué arrojada del poder después de los acontecimientos de julio del 66, trabajó por el triunfo de la revolución, y conseguida ésta, tomó parte en la manifestación que en sentido monárquico hicieron varios personajes políticos. En 1873 fué nombrado embajador de España en la República francesa. Después de la Restauración reconoció la monarquía de D. Alfonso, figurando en el grupo llamado de los centralistas, que, andando el tiempo, se unieron á los constitucionales, con los cuales ocupó el poder, desempeñando la cartera de Estado. Intimo amigo del Sr. Sagasta, fué en el partido liberal uno de los personajes de más valiosísima influencia. Reciente está todavía su gestión como presidente de las últimas Cortes liberales y como último jefe de gobierno de aquella situación.

El marqués de la Vega de Armijo presidía las Reales Academias de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas.

Además del Toisón de Oro, el marqués de la Vega de Armijo poseía las principales condecoraciones de Portugal, Austria, Prusia, Italia, Rusia, Dinamarca, Brasil, Bélgica, Baviera, Noruega, China y Siberia.

¡Descanse en paz el ilustre político!

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)

No la toques, bárbaro, con tus puercas manos, vociferó Mauricio forcejeando inútilmente contra los hombres que le tenían sujeto en tierra

—No lo estamos, dijo Mauricio indignado, en tanto que la culpable Zoe guardaba un prudente silencio. ¡Qué atrozmente desconfiada es usted, Irene! Vaya y cuénteles á las cañas sus secretos, si quiere. No nos pondremos á escuchar.

—Veo que, según ustedes piensan, no tengo derecho á oponerme á que ustedes elaboren imaginarios proyectos de reformas para Ematia; no me opondré á ello mientras no pasen de tal categoría. En eso estriba todo.

Mauricio se quedó mirándola con fijeza.

—¡Cuánto se lo agradecemos!, dijo. Irene, me temo que va usted á enfadarse otra vez conmigo; pero ¿no cree usted que á causa de lo mucho que ha sufrido, se le ha resentido un poco la cabeza? Si es así, díganoslo y ya sabremos lo que hemos de hacer. La trataremos, de muy buena voluntad, como á una reina destronada.

—Vamos, usted quiere chancearse, dijo Irene sonriéndose. No, mis queridos hermanos; continúen ustedes tratándome como á su igual. Los acontecimientos nos separarán el día de mañana, pero nunca olvidaré lo que han sido ustedes para mí en las actuales circunstancias.

—¡Santo Dios!, murmuró Mauricio.

Y echando la cabeza atrás, sobre los brazos, comenzó á silbar bajito mirando á las estrellas, mientras Zoe se estremecía de pies á cabeza en un espasmo de callada risa; Irene seguía sentada contemplando el fuego, sumida en dulce melancolía.

La tarde siguiente volvió Mauricio sonriéndose de su tertulia con los bandidos.

—Pues bien, dijo, mis aficiones poco dignas y plebeyas me han proporcionado una noticia muy interesante para ustedes. Wylie anda por aquí cerca.

—¡Ah! Mauricio, ¿qué quieres decir con eso?, exclamó Zoe.

—Pues parece que Demo y otros tres bajaron hoy en busca de víveres. En la aldea, que no sé cuál sería, les dijeron que un viajero inglés, con un criado y mucho equipaje, había pasado allí la noche anterior y se había internado en las montañas sin querer llevar guía. Nuestros hombres decidieron no perder semejante oportunidad, y habiendo averiguado la dirección que el viajero había tomado, fueron, por atajos, á salirle al camino, y le prepararon una bien dispuesta emboscada. Creyeron que ó debía estar loco ó que lo hacía por alguna apuesta hecha después de haberse sabido lo que nos había pasado; pero, de todos modos, el equipaje no era de despreciar. Yo creo que debía ser algún periodista. Pues bien: pusiéronse en acecho, y muy pronto vieron venir al viajero y á su criado. El equipaje parecía todo él tan nuevo y lujoso, que la boca se les hizo agua; pero afortunadamente para ellos no se precipitaron. «Se acercaron—refería Demo—y conocí al criado. Era el capitán. Vestía traje de Nizam; pero supe quién era por los malditos ojos, que no pudo disfrazar. Comprendimos que nos tendían un lazo y los dejamos pasar.»

—¿Pero qué lazo era ese?, preguntó Irene.

—Pues ó bien Wylie y el otro iban mucho mejor armados de lo que aparentaban y tenían intención de atrapar á uno ó dos de los bandoleros y obligarles á que enseñaran las madrigueras de la partida, ó querían dejarse apresar teniendo espías que los si-

guieran y vieran adónde los llevaban. Sin embargo, no veo qué objeto tuviera Wylie al disfrazarse. Había de saber que lo conocerían en cuanto lo cogieran y que, en ese caso, lo matarían. Sea como fuere, según parece, ha reconocido el terreno infestado por los bandoleros sin que nadie le haya molestado.

—Me alegraría que no hubiera hecho semejante cosa, dijo intranquila Zoe.

—Sí, dijo Irene, debía tener presente que nuestro rescate y libertad de él dependen. No tiene derecho á exponer su vida haciendo locas bravatas.

—Yo creo que podemos estar seguros de que Wylie trae en la cabeza algún plan ingenioso, dijo Mauricio. No veo bien claro cuál pueda ser, pero de fijo él quería que lo volvieran á apresar.

—Pues este cautiverio nada tiene de apetecible, dijo Zoe.

Al siguiente día mismo se vió, cuando menos se esperaba, cuál era el plan de Wylie. Los prisioneros se habían encaramado á lo que llamaban su atalaya vespertina, un saliente de la roca donde daban los rayos del sol poniente; estaban contemplando el laberinto de montes y valles que tenían á sus pies, y hablaban, por la novecientas noventa y nueve vez, de las probabilidades que había de ser libertados. De pronto, uno de los bandidos que estaba de centinela á la vuelta de un recodo que tenían á su izquierda y desde donde se dominaba una gran extensión de terreno hacia el Este, se acercó corriendo y llamando á voces á sus compañeros. En seguida notóse gran efervescencia entre los que estaban descansando en la hondonada. Unos apagaron con tierra las hogueras, á cuyo objeto tenían siempre preparado un montón de ella; los demás empuñaron las armas y escalando la altura se lanzaron sobre los prisioneros, que creyeron morir en el acto. No atreviéndose ni á moverse, cedieron sin resistencia al empuje de los bandidos, que los apartaron del borde cuanto pudieron, á fin de que vieran lo menos posible lo que pasaba en lo bajo; quitáronles á las jóvenes los pañuelos que llevaban en la cabeza, pues blanqueaban mucho sobre el fondo obscuro de la montaña y les ordenaron, si en algo apreciaban la vida, que no hicieran ni ruido ni movimiento alguno. Muy pronto vieron, muy lejos y muy abajo, la causa de la alarma: una columna de soldados rumíes, conducida por un oficial á caballo. A su frente iba, á pie, un paisano que, al marchar, miraba el suelo con cuidado.

—¡El capitán Wylie! ¡Sigue nuestra pista!, murmuró Zoe casi imperceptiblemente.

Milosch se volvió hacia ella con una sonrisa diabólica.

—Ofrézcales velas á los santos para que no continúe siguiéndola. Si halla el camino por donde se sube aquí, por el lecho mismo del arroyo bajarán la pendiente, para salirle al encuentro, de este modo.

Y levantándole un poco la barba, trazó alrededor de su garganta una raya con la punta del cuchillo. Reculó ella, horrorizada y casi desvanecida. Milosch se echó á reir.

—Principiaremos por usted, ya lo sabe, dijo.

XI

RESULTADOS DE UN CELO EXAGERADO

—No la toques, bárbaro, con tus puercas manos, vociferó Mauricio forcejeando inútilmente contra los hombres que le tenían sujeto en tierra.

Milosch volvió á sonreirse.

—Detrás irá usted, dijo. Los dejaremos á todos muertos en el campamento, ¡oh!, sí, para que los perros rumíes vean cómo lo han sido. Todavía han de tardar tres ó cuatro horas en hallar el camino hasta aquí, que les van á parecer á ustedes tres ó cuatro días. Y á esa otra muchacha, y miró con ojos investigadores á Irene, que estaba temblando á pesar de todos sus esfuerzos por aparecer serena, á esa no la mataremos, no. También se quedará en el campamento, pero viva, para que les cuente lo que ha visto.

La emoción era demasiado grande. Irene abrió un poco la boca y se desmayó. Milosch lanzó una carcajada.

—No se haga usted ilusiones, añadió, serio el semblante, dirigiéndose á Mauricio, que estaba furioso. Podrá ser que su amigo logre dar con nosotros, sí, pero ustedes nos compensarán con su sangre del rescate que trata de escamotearnos.

Mauricio volvió la cara y con toda la impasibilidad que pudo dijo á su hermana:

—No vayas tú también á desmayarte, Zoe. Eso lo dice para asustarnos. No te preocupes por Irene. No creo que le haga daño el quedarse por ahora como está; no ha de proporcionarle placer lo que ese dice.

Zoe, que había procurado acercarse á Irene, cesó en sus tentativas y volvió los ojos hacia los que se veían moviéndose allá abajo, en el fondo del valle. Aquel era, sin duda, el momento crítico, pues los bandidos observaban sus movimientos con extremada atención. Por último, cuando Wylie hubo pasado de determinado sitio, un murmullo de satisfacción vino á demostrar que, en opinión de la partida, el momento de inminente peligro había pasado.

—Ha sido el arroyo lo que le ha hecho perder la pista, murmuró Mauricio. Mucho ha de andar tratando de volver á encontrarla, antes de que se percate del sitio en que nos desviamos del camino.

—¿Pero cómo habrá podido llegar hasta ahí?, preguntó Zoe, á quien habían dejado suelta y que sostenía sobre las rodillas la cabeza de Irene, que poco á poco iba volviendo en sí.

—Por las huellas de nuestras botas, por de contado, dijo Mauricio. Nadie más las usa en estas montañas y no ha llovido desde que aquí nos han subido. Ya le diré yo á Wylie, cuando le vuelva á ver, el concepto que me merece. No tiene derecho á sacrificarnos por satisfacer su inquina contra los bandidos. Tiene ese defecto, es un bicho rencoroso, y le escuece la mala pasada que le jugaron el otro día, cuando fingieron que lo iban á matar.

—¡Mauricio, no digas necedades!, exclamó Zoe, que estaba muy ocupada atendiendo á Irene y hablaba á intervalos. Alguna razón especial habrá tenido para ello. Estoy segura. Podrá ser que les tenga inquina á los bandidos, como dices, pero él hubiera esperado á que estuviéramos en salvo para desquitarse.

—Entonces, ¿por qué ha hecho lo que ha hecho?, preguntó Mauricio.

Zoe no supo qué contestar. Irene se sonrió ligeramente y dijo:

—Zoe le diría, al exhalar el último suspiro: «Sé que no ha sido culpa suya,» y Mauricio: «Oye, bárbaro, todo esto es por tu causa.»

—Y usted, ¿qué diría?, preguntó Zoe algo amostazada.

—Ya usted sabe que para mí no debía llegar la última hora, dijo Irene que, temblorosa, se puso con trabajo en pie apoyándose en la mano de Mauricio; pero yo le diré cuando nos encontremos: «Ya ve usted, amigo, los resultados de un celo exagerado.»

—Eso sería echarle un jarro de agua hirviendo, dijo Mauricio conduciéndola á lo largo de la cornisa que formaba la montaña. Ahora volveré por ti, Zoe, aguárdame. No es extraño que usted se encuentre mal después de haber oído lo que dijo ese tunante.

El campamento les pareció un puerto de salvación después de lo que habían pasado durante la última media hora, y las jóvenes, dando gracias á Dios, se dejaron caer en su lecho de paja. Mauricio se sentó en una piedra á la puerta y trató de distraerlas con su conversación, pero sin obtener gran éxito. Stoyan logró lo que Mauricio no había podido, pues se presentó repentinamente diciendo algo en su propio idioma y arrojó al suelo un par de polainas y otro de abarcas, á los que señaló luego con el índice.

—Manda que me las ponga y le dé mis botas, dijo Mauricio á las jóvenes con voz lastimera. De esto tiene la culpa Wylie, me figuro. El jefe me dice también que esta noche no se duerme, gracias á nuestro amigo.

—Me parece que debemos ir haciendo el equipaje, dijo Zoe cuando Stoyan se hubo ido llevándose las botas.

—Me admira lo bien que discurres, Zoe, exclamó Irene, que no estaba dispuesta á moverse. ¿Por qué no descansas, como yo, todo lo más que se pueda?

—Porque sabe que no le haría á usted ninguna gracia encontrarse sin abrigos ni otras cosas en la próxima parada, dijo Mauricio. Vamos, levántese usted Podrá usted acostarse en la paja todo el tiempo que nos dejen, pero tenemos que liar las mantas.

Éstas, envolviendo los pocos efectos que les quedaban, fueron la carga de Mauricio; las jóvenes llevaban los capotes arrollados, según Wylie las había enseñado, de manera que les dejaran los brazos libres. Pero cuando les ordenaron que se prepararan para partir, una hora antes de ponerse el sol, los bandidos les hicieron desdoblar los capotes y ponérselos, echándose los capuchones á la cabeza á fin de que, á cierta distancia, no pudieran ser conocidas. Algo les sorprendió el que echaran á andar siendo aún de día, pero muy pronto comprendieron el porqué. Tenían que bajar la rápida pendiente que formaba el lecho del torrente por donde habían subido hasta la cañada, y ni los mismos bandidos querían exponerse á tener que hacerlo á obscuras. Habíase mandado por delante espías que siguieran á Wylie y á la fuerza rumí, á fin de cerciorarse de que no retrocedían: por ellos supieron que la tropa se había alojado en un pueblo cercano para pasar la noche; por lo tanto, se podía sin riesgo emprender la marcha. Bajar el cauce del torrente era bastante peor que subirlo, como lo demostraron los frecuentes resbalones, caídas y chapuzones que sufrieron: así es que llegaron abajo las jóvenes enteramente molidas y mojadas. Sólo las permitieron un momento de descanso para exprimir las faldas, que chorreaban agua; en seguida, á la luz del crepúsculo, echaron á andar á buen paso los bandidos, siguiendo el mismo camino que había tomado Wylie. Conocían ellos aquellos pedregosos senderos y sabían cómo poner el pie en los sitios llanos; pero los prisioneros, que no estaban habituados á andar con abarcas, cada paso que daban era á la ventura, sin saber si les saldría bien ó si se torcerían un pie. Hasta cuando, de tarde en tarde, llegaban á un trecho de camino relativamente blando, no les permitían los bandidos que lo aprovecharan, sino que buscaban cuidadosamente por todos lados hasta encontrar la manera de dar un rodeo por las piedras, á fin de que no quedaran huellas de haber pasado gente por allí después de los soldados. La obscuridad sobrevino y los prisioneros continuaron su camino, tropezando trabajosamente, rodeados de sus guardas, que nunca les alargaban la mano para sostenerlos, sino que los insultaban atrozmente cada vez que resbalaban.

Dejando á un lado la negra honrilla, no tuvieron las jóvenes más remedio, por último, que agarrarse á las mangas de los bandidos que llevaban á cada lado; otra cosa no les era permitido por temor á verse sin los brazos libres en caso de presentarse un repentino peligro; hasta la misma Irene se abstuvo de formular protesta alguna. Después de un tiempo que les pareció ser de muchas y fatigosas horas de estar andando, los bandidos, de pronto, hicieron alto y se agruparon en torno á los prisioneros; dos de ellos, sin hacer ruido, desaparecieron en las tinieblas.

—Vamos á pasar por el centro del pueblo, dijo Mauricio en voz baja. Esos dos han ido á acallar los perros.

—Y si ustedes meten ruido les acallaremos también, murmuró Milosch desenvainando una larga daga.

Algún tiempo se pasó antes de que regresaran los dos hombres manifestando que no ocurría novedad.

La tropa estaba cómodamente alojada en casas y establos, los espías habían reconocido los lugares donde estaban encendidos los fuegos del vivac y colocados los centinelas, y venían seguros de poder llevar á los demás, evitando pasar por ellos, hasta el otro lado del pueblo. Wylie y el oficial rumí estaban en casa del vecino principal. Stoyan, en voz baja, pero enérgica, manifestó cuán conveniente sería llegar sin hacer ruido hasta donde estaban los dos y acabar con ellos. Pero como esto era imposible si los prisioneros habían de quedar bien custodiados, reprimió sus sanguinarios instintos. Los exploradores condujeron la partida por entre chozas y cobertizos, á veces andando á gatas, para cruzar un espacio débilmente iluminado por la hoguera de algún vivac y á veces deteniéndose tras de una cerca para dejar paso á un centinela.

Todos los bandidos llevaban la daga desenvainada, dispuestos á herir en cuanto los prisioneros hicieran el más leve ademán de querer producir alguna alarma; esa precaución fué suficiente. En el pueblo hubieran podido hallar calor, albergue, seguridad y amigos; pero con el corazón oprimido tuvieron los jóvenes que pasar por él y seguir su camino en aquella noche obscura y fría. Estaban ya para entonces tan fatigadas, que los que iban más próximos á ellas tuvieron que envainar las dagas y cogerlas por los brazos para ayudarlas á seguir adelante; para acabar de llenar la copa del infortunio, comenzó á caer una lluvia fría y que calaba hasta los huesos, la que también acabó de poner de malhumor á los bandoleros; empujando y dando tirones sin consideración alguna, hacían seguir adelante á las ateridas prisioneras, murmurando al mismo tiempo invectivas á cada paso.

—Mauricio, diles que no podemos ir más aprisa, exclamó por último Zoe. Vamos á su paso por estos horrorosos caminos, pero no podemos hacer más.

—No es eso lo que les enfurece, contestó Mauricio, que venía detrás. Nos insultan porque por nuestra causa han tenido que abandonar su campamento, tan cómodo y abrigado, para venir andando por estas montañas, á obscuras y mojándose. Dicen que, después de tanto como nos han agasajado tratándonos como distinguidos huéspedes, les estamos pagando con negra ingratitud.

—Cualquiera creería que hemos sido nosotros los que hemos querido venir, dijo Zoe.

—Bueno, hasta cierto punto, nuestra es la culpa, dijo Mauricio. Si no existiéramos en el mundo ni

hubiéramos venido acá, no estarían ahora ellos huyendo de Wylie.

Volvió á reinar el silencio; las maldiciones, dichas entre dientes, era lo único que se oía, además del ruido de las pisadas en los charcos y el caer de la lluvia.

Las jóvenes casi no se daban cuenta de nada por el cansancio y falta de sueño; seguían dado tumbos como si soñaran despiertas. Debía ser cerca de la madrugada, aunque en el negro y vacío firmamento no hubiera aún indicio de ello, cuando los bandidos volvieron á hacer alto al abrigo de un grupo de árboles achaparrados que más bien parecían arbustos; los exploradores se adelantaron para cumplir su misión. Contra lo que se creía, regresaron muy pronto; los informes que traían produjeron una explosión de horribles juramentos.

—Hay soldados apostados en el camino algo más adelante, les comunicó en voz baja Mauricio á las jóvenes. Wylie no sabe lo que ha hecho; en buena nos ha metido. A pesar de todas sus precauciones, nos ha colocado entre dos fuegos.

Por de pronto, parecía que Wylie iba á ser causa de la muerte de sus amigos, pues los bandidos estaban sumamente furiosos.

—Matemos á esos perros europeos, matémoslos para vernos libres de ellos, murmuraban. Nos han traído á este mal paso. Matémoslos y dejemos sus cadáveres aquí, en el camino, para que sus amigos los vean.

Una vez más salieron á relucir las dagas y se sacaron de sus fundas los revólveres.

—¿Por qué no reza usted? ¿Es usted atea?, preguntó Irene á Zoe, interrumpiendo una larga letanía de santos cuyo auxilio imploraba ésta con voz apenas perceptible.

—No, yo también estoy rezando, dijo Zoe, que se hallaba, con bastante extrañeza suya, del todo resignada.

Le parecía la muerte un reposo apetecible después de una noche tan terrible. Pero lo que Mauricio había dicho, en un momento de angustia, con referencia á Wylie, la acongojó. Nunca llegaría él á perdonarse lo que había hecho si algún día llegaba á saberlo. Si uno siquiera de ellos pudiera escapar, ya no sería tan grande su dolor. Incorporóse haciendo un esfuerzo y cogió del brazo á Mauricio.

—Hermano mío, tú podrías escaparte, aun cuando nos mataran á las dos. Puedes correr, el traje no te lo estorba. Armaremos el mayor alboroto que se pueda para darte tiempo á llegar donde están los soldados.

—No seas ave de mal agüero, dijo bruscamente Mauricio. ¿Te parece eso posible? Te pregunto, ¿lo crees posible?

—¡Es tan grande lo que representas! Nosotras nada significamos.

—¿Qué es lo que representa Mauricio?, preguntó Irene con viva curiosidad.

Zoe en parte cayó en la cuenta de su imprudencia.

—¡Ah! Pues bien: es el último, sabe usted, de su apellido, dijo.

—¿El último del apellido Smith?, preguntó inocentemente Irene.

—No, es decir, es el último Smith de nuestra rama, pudo al fin decir Zoe.

Y se echó á reir á grandes carcajadas, hasta que Mauricio la sacudió con fuerza preguntándole si quería hacerles creer á los bandidos que el miedo la había vuelto loca. Parecía que la suerte de los prisioneros había quedado ya decidida, pues Milosch, de quien menos podía esperarse, les defendió. No fué por blandura de corazón, sino que representando como representaba el comité tracio, que dirigía los movimientos de los bandoleros, les pintó, con vivos colores, la cólera y contrariedad que iban á experimentar aquellos augustos señores al enterarse de que los prisioneros, cuyo rescate tanto iba á engrosar sus recursos, habían desaparecido.

—Debe haber otro camino para subir á la montaña, dijo; de modo que podemos dejar este y no tener que acercarnos á esos perros rumíes.

—Lo hay, dijo Zeco; pero es tal, que habrá que subir por él agarrándose con pies y manos y hasta con los dientes. ¿Cómo van á poder efectuarlo las mujeres?

—Las mujeres harán lo que se les mande hacer, dijo Milosch con su diabólica sonrisa.

—De ese modo todo queda arreglado, dijo Zoe cuando Mauricio le hubo traducido dichas palabras. Si nuestras vidas dependen de que subamos allá arriba, ó tan siquiera de que sigamos andando, en ese caso tendrán que matarnos. Mira, Mauricio, tenemos las abarcas hechas pedazos, los pies me sangran y lo mismo le pasa á Irene. No podemos dar ni un paso más, así puedes decírselo.

No hubo necesidad de que Mauricio hablara, porque uno de los bandidos vino á dar parte, lleno de indignación, de que los pies de Zoe habían ido dejando por el camino un reguero de sangre que la lluvia no había hecho desaparecer por completo.

Viéronse todos en el caso de confesar que las jóvenes, efectivamente, no podían seguir adelante. Otra vez se trató de cortar el nudo rápida y eficazmente y otra vez Milosch se interpuso como un *deus ex machina* diciendo:

—¿Dices que esos cerdos rumíes tienen dos centinelas apostados en el camino y que los otros se han refugiado en una cabaña arruinada que hay más abajo? Pues bien: podéis tener la seguridad de que, en cuanto sea de día, los centinelas se irán á reunir con sus compañeros, pues ¿qué hombre en su sano juicio va á estarse aguantando la lluvia pudiendo meterse bajo techado? Ellos no van á creer que tratemos de pasar de día, y si los santos nos conceden que se queden dormidos después de haber comido, podremos cruzar sin que nos vean. Si quieren impedírnoslo, pondremos á los prisioneros de pantalla para guarecernos de sus balas, y así nosotros podremos escapar con vida.

—Muy bien dicho, exclamó el jefe, que veía peligrar la buena parte que le correspondía del rescate. Haremos por lo menos cuanto esté en nuestras manos para que ese dinero no se pierda. Por ahora, quedémonos aquí.

Esta determinación no tenía nada de halagüeña, pues el agua seguía cayendo de las empapadas ramas al encharcado suelo, mojándolo todo. Mauricio tomó á su cargo sacar el mejor partido posible de la situación. Recogió algunas ramas caídas por el suelo y las reunió en el sitio más seco que encontró y pidió á Zeco que le diera un fósforo. Echáronse á reir los bandidos de semejante petición.

—Si quieren ustedes matar á las señoras, lo mejor será hacerlo en seguida, dijo prontamente, como en contestación á su risa, y no dejarlas que perezcan de hambre y frío. Nadie podría, con la niebla que hace, distinguir el humo, aun dado caso de que hubiera quien mirase.

A no haber sido porque aquella petición era conforme á los deseos de los bandidos, probablemente la hubieran negado; pero en la frialdad y malestar que sentían, la idea de hacer una buena hoguera halló favorable acogida, y ellos mismos se dedicaron á recoger más leña y trabajaron con ahinco hasta que hicieron arder las ramas húmedas. No pasó de ser aquel un fuego que daba mucho humo y poca alegría, pero comunicó algún calor á los ateridos cuerpos de las jóvenes; Mauricio puso á tostar en él los remojados pedazos de pan negro y de mohoso queso que les habían tirado y logró que los probaran. Durante la comida habían estado los bandidos conferenciando entre ellos. Stoyan llamó á Mauricio aparte y le habló de una manera razonable y casi fraternal; mucha gracia le hizo á éste la desaprensión con que el otro afirmaba que tenían los dos intereses comunes.

—Usted ve con toda claridad, le dijo, que aquí no podemos quedarnos. Cueste lo que cueste hemos de pasar por entre la tropa que tenemos al frente. Por consideración á sus hermanas nos hemos abstenido de subirlas á rastras por las rocas; así, pues, usted debe obligarlas á que anden un poco más. Que se envuelvan bien los pies con trapos para que no dejen huellas, y una vez que hayamos salido de estos despeñaderos, ya les proporcionaremos caballos. Nos dirigimos á un escondrijo seguro, donde hallarán descanso, comodidades y mujeres que las sirvan. Sin duda usted comprenderá que les conviene más hacer ese pequeño esfuerzo, que no exponerse á que las dejemos muertas en el camino.

—Vaya si lo comprendo, respondió Mauricio después de pensar un momento.

Parecíale evidente que, por el momento, sus intereses coincidían con los de los bandidos, pues toda tentativa para llegar hasta donde estaban los soldados, ó para retrasar la marcha, sería castigada con una muerte inmediata. Volvióse adonde estaban las jóvenes y les explicó la situación; en el acto comenzaron trabajosamente á envolverse los pies con cuanto hallaron á mano, poniendo encima de todo las rotas abarcas. Muy pronto volvió á reunirse á sus compañeros uno de los exploradores, manifestando que los centinelas rumíes se habían reunido con sus camaradas en la casita desmantelada, dejando así franco el camino que iba por arriba.

La marcha se reanudó en el acto; las jóvenes, tambaleándose, siguieron como mejor pudieron una á cada lado de Mauricio, que sólo podía poner un brazo á su disposición. Los bandidos todos habían preparado las carabinas y examinado los cartuchos, y marchaban en una especie de orden abierto, llevando exploradores á vanguardia. De pronto se detuvieron, abriendo la boca involuntariamente de asombro. A su frente, subiendo la cuesta desde la derruída choza, toparon con los soldados rumíes, cuya sorpresa fué tan visible como la suya propia; difícil hubiera sido decir quiénes fueron los que menos esperaban encontrarse con los otros; pero los bandidos iban preparados para el caso, mientras que los soldados no. Llevaban colgados los fusiles para subir con mayor comodidad y marchaban diseminados por toda la ladera. A una enérgica voz del jefe de los bandidos, vieron que les apuntaban las bocas de veinte carabinas; dando un alarido de horror, volvieron las espaldas y huyeron. La mitad de la partida les persiguió, la otra se quedó para custodiar á los prisioneros, disparando los fusiles y dando gritos de júbilo.

La persecución no fué larga; el pito de Stoyan llamó muy pronto á su gente, y dejando uno atrás para que averiguara si el ruido de la escaramuza había llegado hasta la fuerza que estaba con Wylie, siguieron los demás adelante á cierta distancia, hasta que llegaron á un lugar donde dos sendas se juntaban. Uno de ellos se adelantó por la de más abajo, que partía á la izquierda, mientras el resto se dispersaba por entre las rocas á fin de no ser vistos desde el camino.

Milosch, acercándose á los prisioneros, dijo á Zoe:

—Dé al Voivoda un retazo.

Sorprendió tanto á Zoe aquella extraña petición, que se quedó mirándole perpleja; entonces él le señaló con el dedo el vestido. El jubón y falda de franela primorosamente rayada que en un tiempo fué su orgullo, estaban ya en bastante mal estado; la falda sobre todo, que había quedado reducida á una longitud adecuada para trepar montañas.

—Dele usted, Irene, un pedazo de su vestido. ¿No podría usted darselo?, dijo. A usted le queda más tela que á mí de qué disponer.

—¡Oh, no! Lo quiere del de usted, dijo Irene con viveza. Se figuran que el capitán Wylie la ha de conocer.

Zoe la miró con fijeza, molestada por la falta de tacto que sus palabras revelaban; de mala gana arrancó una tira que colgaba de la falda, entre dos de los remiendos pardos que la había pegado.

Observando luego al jefe con curiosidad, vió que la partió en dos, que con mucha habilidad enredó una en un espinoso matorral que había á alguna distancia, subiendo por el sendero ascendiente de la derecha, y que luego continuó subiendo, evidentemente con intención de hacer lo mismo con la otra algo más adelante. Bien claro estaba cuál era el objeto de semejante maniobra; los prisioneros no supieron si sentir el engaño de que iba á ser víctima Wylie, ó alegrarse de que de ese modo alejaran el peligro de su presencia. Al cabo de algún tiempo, el bandolero que había bajado la cuesta volvió á aparecer trayendo un caballo viejo, muy flaco y casi ciego.

A las jóvenes, sin andarse con más ceremonias, les hicieron montar en él, una detrás de la otra, llevando las mantas colocadas á guisa de silla. Luego les vendaron los ojos, lo mismo que á Mauricio, y comenzaron la bajada, demostrando los bandidos su habitual aversión á los terrenos llanos y blandos, llevando al caballo por los sitios más pedregosos, lo cual podría ser propio de una muy hábil estrategia, pero que era muy molesto para las que lo montaban. Pararon en firme el caballo, recibiendo ellas una sacudida, y oyeron que alguien hablaba con gran calor al jefe. Mauricio se les acercó cautelosamente.

—Es el bandolero que mandaron volver atrás, dijo. Siguió á los soldados que se retiraban hasta que llegaron cerca del pueblo y se encontraron con la fuerza que acababa de salir de él, en esta dirección, conducida por Wylie, quien, como ustedes ven, se proponía explorar todo el terreno, y si los centinelas que estaban en las alturas no hubieran abandonado sus puestos, los dos destacamentos hubieran indudablemente cogido á los bandidos entre dos fuegos. Por supuesto, para nosotros personalmente, mejor ha sido que no haya sucedido así.

Milosch acercóse y ordenó á Irene y á Zoe que se desmontasen. Seguidas de Mauricio, las condujeron, dando intrincadas vueltas y subiendo y bajando escaleras dentro de una torre, por un corral, un granero y una cocina, á juzgar por los distintos olores que fueron percibiendo, hasta que se quedaron sin poder de ningún modo atinar la dirección que habían traído. Empujáronlas por una puerta baja, y de pronto les quitaron las vendas de los ojos. Estaban á obscuras, pero por el hedor comprendieron que aquello era un establo.

(Se continuará.)

LONDRES.—NUEVO TUNEL SUBFLUVIAL DE ROTHERHITLE EN EL TAMESIS

S. A. R. el príncipe de Gales en el acto de abrir con una llave de oro la verja de entrada al túnel de Rotherhitle

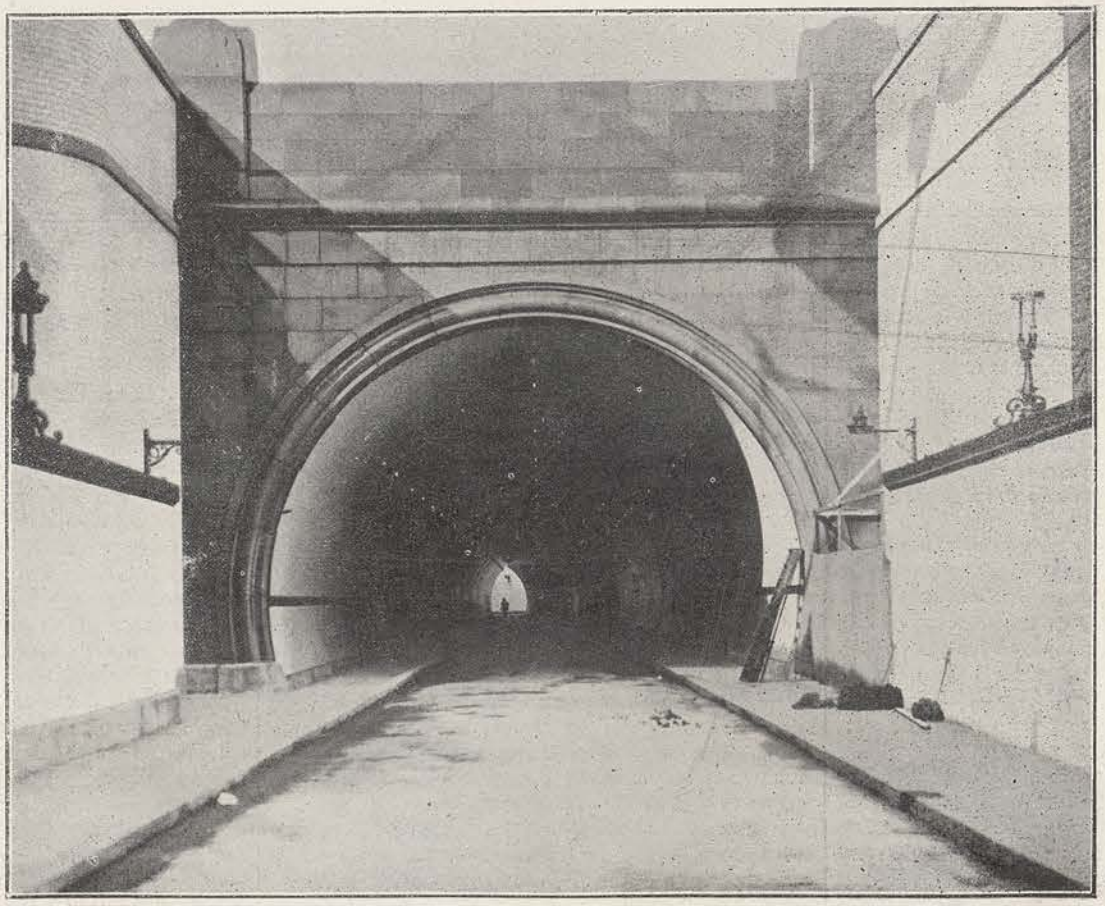
(De fotografía de World's Graphic Press.)

Todas las grandes capitales hacen esfuerzos titánicos para facilitar los medios de circulación á sus habitantes. En Londres acaba de inaugurarse un colosal túnel bajo el Támesis que facilita la comunicación con los barrios populares del Este de la capital, sin interrumpir la circulación de los buques y sin necesidad de haber tenido que acudir á medios costosos é imperfectos, tales como los puentes giratorios ó elevables. A la inauguración de este túnel subfluvial, que se efectuó en los primeros días del presente junio, asistieron SS. AA. RR. el príncipe y la princesa de Gales, el primero de los cuales abrió con una llave de oro, y en esto consistió la solemnidad inaugural, la verja colocada á la entrada.

El túnel de Rotherhitle es, indudablemente, el más importante que se haya construído hasta el presente bajo la superficie de un río. Su bóveda, en el punto central, sólo está á siete pies bajo el lecho del Támesis, y como las filtraciones caben en lo posible y, por lo mismo, una inundación, se han colocado bombas movidas eléctricamente para hacer que el agua refluya, á la primera señal de alarma, y las cuales son también utilizadas para la limpieza cotidiana.

La longitud del túnel subfluvial de que tratamos es aproximadamente de dos kilómetros. El diámetro es de diez metros al exterior y de nueve en el interior. La armazón es de hierro. El piso tiene cinco metros de ancho, y á cada lado se han construído aceras de 1'30 metro cada una para los transeuntes. Dos pendientes de poco declive ponen en comunicación el túnel con las calles de cada lado. Para evitar accidentes posibles á los vehículos cargados en pila ó rimero, se ha colocado á la entrada del túnel un aparato avisador en el que se indica á los conductores el máximo de elevación que puede admitir el túnel. En fin, ningún detalle se ha omitido para que la comodidad del tráfico y la seguridad de los peatones fuesen perfectas, á lo que contribuye no poco la iluminación, que se hace por medio de seiscientas lámparas eléctricas de 32 bujías cada una.

Esta importantísima obra, que así reune, en breves momentos y por debajo del lecho, dos puntos de las riberas del río Támesis en que el movimiento á pie y rodado es extraordinario, ha costado á la casa constructora, «London County Council,» la módica suma de dos millones de libras esterlinas, ó sea, aproximadamente, unos cincuenta millones de pesetas.—C.



Vista de la entrada al túnel subfluvial de Rotherhitle

(De fotografía de World's Graphic Press.)

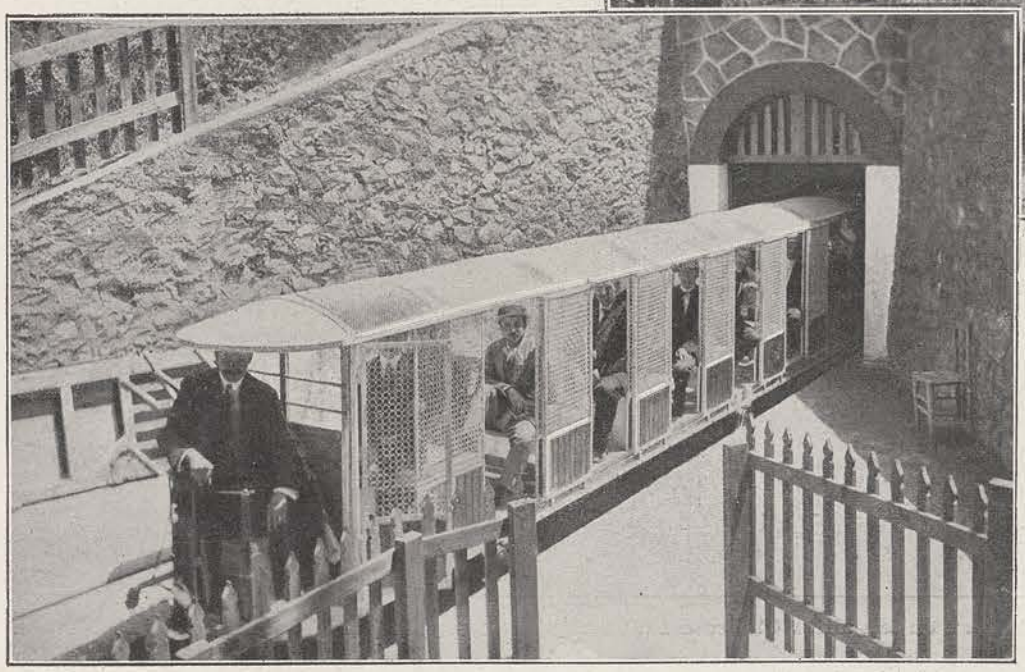
VALLVIDRERA (BARCELONA). - MINA-GROTT

Uno de los sitios más amenos de Vallvidrera, en la vertiente opuesta de la pintoresca sierra que rodea como un cinturón á Barcelona, es el conocido por «el Pantano,» por recogerse en él las aguas de que se surte especialmente Sarriá. La hermosura del paisaje que circuye al tranquilo depósito, y el gran número de fuentes saludables que encuentra el excursionista en cada recodo de aquella hondonada agreste, han hecho de aquel sitio uno de los predilectos de los aficionados á respirar aire puro y á beber cristalina agua. La excursión allí, que antiguamente se hacía en caballería por el atajo, ó, con antorchas, por la mina de 1.500 metros que atraviesa la sierra de parte á parte, se ha hecho recientemente sumamente cómoda y excesivamente rápida, merced al metropolitano en miniatura allí instalado. El coche eléctrico que se emplea para el recorrido es exteriormente de tela metálica, y en su interior caben cómodamente sentadas 32 personas en diez y seis asientos, ó sea dos personas en cada uno. Inútil es decir que reune todas las condiciones de seguridad. Alumbrada espléndidamente por dos potentes reflectores de acetileno, la vagoneta penetra en la mina que atraviesa de parte á parte la montaña por su interior, y que está iluminada por 80 bombillas eléctricas de variados colores que le dan un aspecto fantástico. Emplea en el trayecto (1.500 metros) de 5 á 6 minutos, transcurridos los cuales, y respirando una temperatura fresca agradabilísima, se encuentra el pasajero cómodamente trasladado al pie mismo del Pantano, en medio del pinar, cerca de la típica iglesia románica y de las ricas fuentes de la «Gana,» de la «Teula,» de la «Manigua,» de «Mas Gimbau,» de «Llavallol,» etc., etcétera, que tanto aliciente tienen para jiras campestres, é inmediato á un hotel que allí se ha construído para los que aun en el campo son amantes de la comodidad.

El metropolitano en miniatura y todas las obras necesarias para su instalación han sido realizadas según proyecto y dirección del ingeniero D. Carlos E. Montañés, y es la primera etapa del desarrollo del plan que tiene proyectado para instalar en ambas vertientes de la montaña, junto á las bocas del fantástico túnel, gran número de atractivos que lleven allí al público necesitado de oxígeno y de esparcimiento.

(Fotografías de A. Merletti.)

Vallvidrera. — Atajo escalonado que conduce á la entrada de «Mina-Grott»



Vallvidrera. — Vagoneta eléctrica, capaz para 32 personas, que se utiliza para el recorrido de «Mina-Grott»

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

HISTORIA GENERAL
DEL ARTE
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalistería, Gliptica, Indumentaria, Tejidos

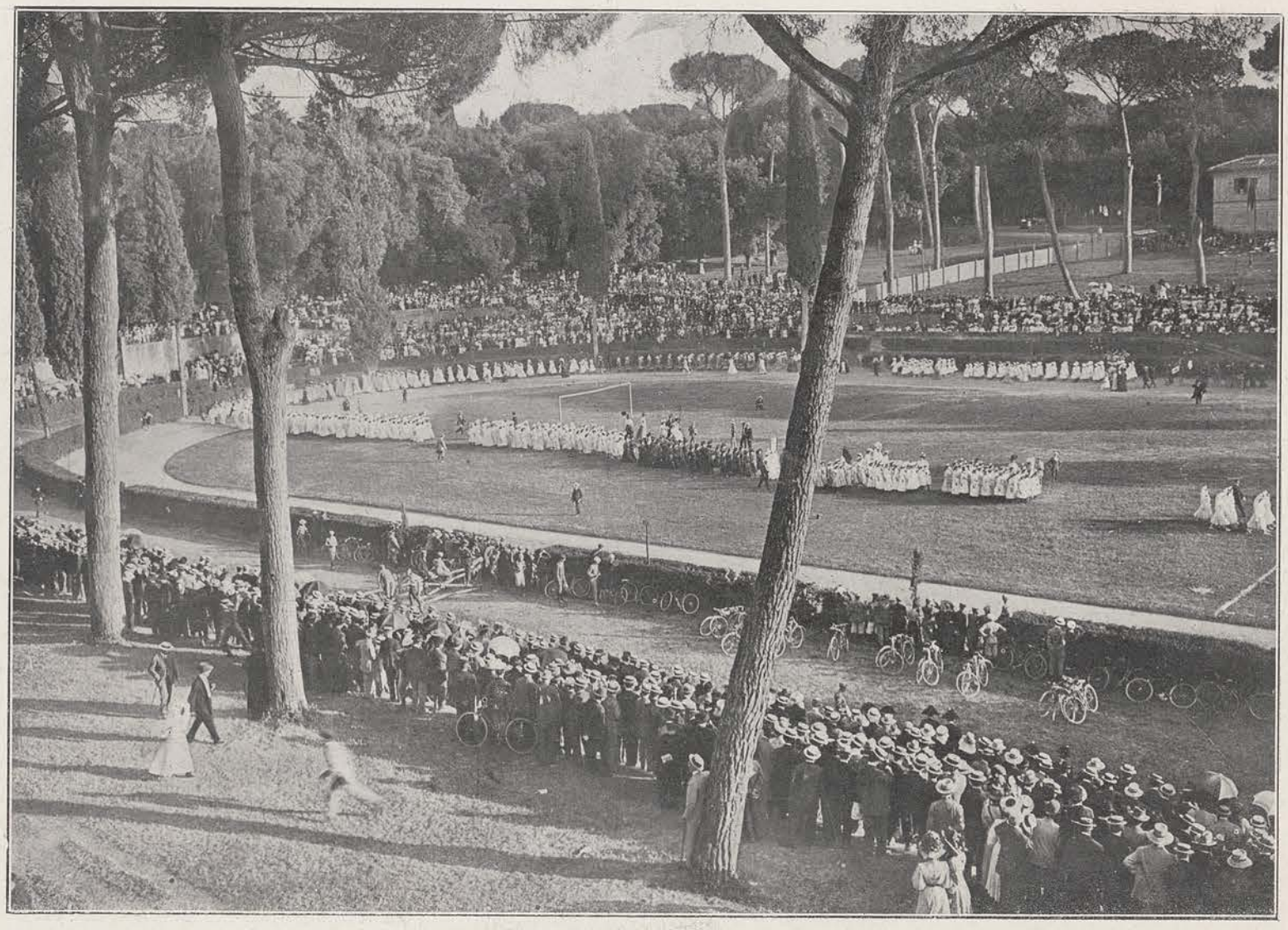
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. - Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Roma.—Clausura de las fiestas deportivas celebradas en la quinta Umberto I (antes quinta Borghese). (De fotografía de Carlos Trampus.)

Las fiestas deportivas celebradas en los hermosos jardines de la quinta Umberto I, antes quinta Borghese, de Roma, con asistencia de los soberanos italianos, que pocos días antes (el 23 de mayo) habían también concurrido allí para inaugurar el magnífico palacio en donde se ha instalado el Instituto Internacional de Agricultura, fiestas á las que han asistido representantes de las principales asociaciones gimnásticas italianas, y en las que SS. MM. distribuyeron los premios, teniendo palabras de encomio para los vencedores, han tenido digno remate el día 2 de junio con el desfile ante SS. MM. de los aficionados que en ellas han tomado parte, y de la grandiosidad del cual da perfecta idea, mejor que pudieran hacerlo nuestras palabras, el grabado que encabeza estas líneas.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos,* la *Clorosis,* la *Anemia,* el *Apocamiento,* las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos,* los *Esputos* de *sangre,* los *Catarros,* la *Disenteria,* etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN